

-Todavía creo a primera vista en el aspecto de los hombres, aunque haya recibido algún susto... ¿Le parece bien la solución?... Es más, le invito.

-No, por Dios, de ninguna manera.

-Será un placer. Quizás el futuro ofrezca la oportunidad de que usted haga algo por mí.

Así de sorprendentemente se presentó la Nochebuena y no menos sorprendente fue el resto de la velada.

La mesa, en un amplio comedor, correctamente preparada, en la que lucían unas flores silvestres y unas velas que embellecían el ambiente rural. Entrantes monteños, cordero asado y un pitarra excelente. Un decorado propicio para unas horas gratas, si no fuera por la aparición de los recuerdos. ¡Dios mío, cuántos seres amados desaparecidos y otros tan lejos! Instalado en estos pensamientos, se produjo una interrupción:

-¿Va a cenar usted solo?

Quien así me hablaba era un hombre de edad indefinida, ancha calva y barba canosa.

-Sí. Por cierto, creí que yo era el único ocupante del hostel.

-Casi, casi. Estoy con los míos, ahí en la cocina.

-Me dijo el Sr. Gálvez que se marchaban todos.

-Ya ve que no. Y no voy a consentir que usted permanezca aquí en este salón tan frío y nosotros calentitos en la cocina.

-Así, sin conocerme. Voy de sorpresa en sorpresa: el propietario me invita y usted también... ¿Qué dirán los suyos?

-Mi mujer estará encantada y mi niño es demasiado pequeño para pronunciarse. Eso sí, no le dejará cenar a gusto y si usted no anda con cuidado le verterá algún plato encima. Y quiero advertirle que nuestros alimentos son humildes.

-Por favor. Me invita y teme que saque faltas. Agradecidísimo y contento con lo que me ofrezcan. A propósito, añadiremos lo

que me había preparado el Sr. Gálvez. ¿Le parece, don...?

-Me parece bien. ¡Ah!, de "don", nada. Simplemente, José. ¿Le importa que bendiga la mesa?

-Al contrario, me agrada.

¡Qué cena! Antes que la abundancia o la calidad resultó inolvidable el entorno. María, así se llamaba la esposa, era una mujer deliciosa. Si del esposo emanaba bondad, de ella emergía amor. No necesitaba sonreír, porque su gesto y modales entrañaban sonrisa. Amabilísima, se interesó por mi situación eludiendo circunstancias que pudieran dolerme. Dotada de una voz dulcísima, no había enfado al amonestar al pequeñín, que tan buenas "migas" hizo conmigo, porque la ingenuidad de sus dos añitos, su parloteo y sus gritos inundaron mi espíritu de alegría al resucitar la misma actitud de otros niños que pasaron tiempo atrás por mi vida.

Al término de la cena cantamos los villancicos de siempre, intercambiamos anécdotas y gozamos con las travesuras del menor, hasta que en un momento coincidente, en silencio todos, cada uno a nuestro modo estoy seguro que rogamos por un mundo mejor. Avanzada la madrugada, me dispuse a retirarme.

-¡Ya está bien! Ustedes estarán cansados o tendrán deseos de continuar un ratito en familia. No sé cómo darles las gracias. Ha sido todo tan bonito. Una Nochebuena que presumía solitaria ha sido espléndida. Jamás aspiré a mejor compañía. ¡Ojalá tenga la ocasión de volver a encontrarles!

-Nosotros le veremos siempre.

Acaso por el cansancio o una copa de más no me detuve a considerar el significado de su respuesta.

Al despertarme la mañana siguiente, busqué al Sr. Gálvez para reiterar mi gratitud y despedirme:

-¿Qué, amigo, cómo fue la noche?

-Mucho mejor de lo que esperaba. Considéreme un cliente en